

LA ESPERANZA

Saldrá todos los jueves y Domingos, y estará listo para su distribución y venta desde las ocho de la mañana.—PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES: Para México, llevado á la casa de los señores suscritores, por un mes, 1 peso; por tres meses, 2 ps. 6 rs.; por seis meses, 5 ps.—PARA FUERA, franco de porte, por un mes, 1 peso 4 reales; por tres meses, 4 ps. 2 rs.; por seis meses, 8 ps.—Estos portes se satisfarán anticipadamente al tiempo de suscribirse, y lo mismo siempre que se renueve la suscripción.—Los números sueltos se venderán únicamente en la oficina del periódico.—Los avisos que gusten remitir á la *Hesperia* los señores suscritores, se insertarán „gratis“ para los demas será el precio dos reales, cuando no excedan de diez líneas de impresion, y si pasasen, habrá un módico aumento convencional.—Se advierte que los artículos, avisos y reclamaciones de fuera de la capital, se han de dirigir „á los Redactores de la *Hesperia*“ francos de porte.

AÑO DE 1840.

MEXICO

DOMINGO 15.

HEMEROTECA NACIONAL

MES DE MARZO.

De creer es que fuesen los fenicios, ú otros pueblos de los que tenían comercio con los españoles antes de la dominación cartaginesa en la Península, los que la diesen el mitológico nombre de *Hesperia*, derivado de *Hespero*, la estrella de Venus, atendiendo á su situación occidental respecto de ellos; ó que al contemplar el bello clima de España, los abundantes rios que la fertilizan y engalanan, las muchas minas que son su núcleo, y todos los demas elementos derramados con prodigalidad en ella por el sábio autor de la naturaleza, su imaginación les presentase en pais tan rico como ameno, el verdadero jardín de las *Hesperides*, creado por el fecundo ingenio de los poetas griegos.

Dones tan preciosos, como acontece todos los dias con el mérito individual, atrajeron sobre España en todas épocas la envidia y las miras codiciosas de las demas naciones, y con especialidad de las vecinas, y si bien es de deplorar que casi siempre ha sido el campo de batalla, donde sin tenerse en cuenta los intereses de los naturales, se han ventilado los de diferentes naciones, que aspiraban á sojuzgarla; hará siempre honor á la patria de los Cides y los Córdovas, haber sido el primer pueblo del mundo, que tuvo una marina imponente, sacando todo el fruto que podia sacarse de su bellísima posición hidrográfica y que llegase á tal grado la nombradía de los guerreros españoles, que concurren y siempre con gloria á las principales expediciones de los cartagineses contra los griegos, contra Dionisio de Siracusa y contra Roma, que los romanos mismos los solicitaban afanosos y los procuraban enganchar en sus filas con preferencia á cualesquiera otros, para oponerlos á las legiones de Cartago llenas de ellos: siendo una verdad histórica, que las tropas de Aníbal no empezaron á ser vencidas por las del capitolio, hasta que el general cartaginés, mas valiente que político, tomó la determinación de deshacerse de lo mas florido de su ejército, de aquellos á quienes tal vez debió su nombre, de los hijos de España.

Ni eran conocidos los españoles de esta época solamente por su marcialidad y ardimiento en los combates; la crónica de aquellos dias menciona, entre otras cualidades, que los distinguian, la del amor á la libertad de su patria, expresado en circunstancias capaces de alargar los mas atrevidos pensamientos. Señores ya los romanos de la Península ibérica con la destrucción del formidable coloso que se la disputaba, y cuando aumentado el poder y la gloria de los descendientes de Rómulo, parecia que nadie osaria levantar la cabeza ante ellos; treinta y cuatro mil combatientes se alzan en

la parte de Levante de España, llevando por enseña la restauración de su nacionalidad contra los vencedores de los que acababan de dominar el pais. Si este heroico esfuerzo se malogró, muy en breve hicieron ver á los conquistadores del orbe con cuanta justicia llevaban el renombre de esforzados y valientes.

Sujeta siempre la Península por su mala estrella á dominación extraña, fué presa de los godos y demas tribus bárbaras del Norte que inundaron toda la Europa á principios del siglo quinto, y en el octavo se apoderaron de ella los árabes, llamados moros en razon al punto de Africa que eligieron para pasar á España.

En todas las épocas que someramente hemos recorrido, la hemos visto bajo el yugo de invasores poderosos, si bien haciendo nobles y heroicos esfuerzos por plantear un gobierno propio, nacional en todo el reino, como al fin se consiguió en tiempo de los reyes católicos con la conquista de Granada, último atrincheramiento de los sarracenos. Tuvo que sufrir el pais para llegar á este término, despues de transcurridos ocho siglos desde el principio de la monarquía de Asturias, sangrientas luchas con los árabes, y algunas disensiones entre las diversas clases del estado, que querian dirigirle.

En el reinado de Carlos V, que sucedió á D. Fernando y á Doña Isabel, recibieron las ciencias y las artes la mas decidida protección y todos los ramos de riqueza pública llegaron á su apogeo; debiéndose en gran parte tantos bienes á los vastos conocimientos del cardenal Jimenez de Cisneros, ministro del emperador y uno de los hombres mas ilustrados de aquel tiempo: en fin, el reino subió al mas alto grado de esplendor, pudiendo decirse, que España era entonces la primera potencia de la tierra. Aunque la batalla de Lepanto, que tanto honor hace á los españoles, se dió bajo el reinado de Felipe II, es indudable que la monarquía empezó á decaer en su época, en la cual se separó el Portugal y se sublevó la Holanda. Fueron tan débiles los monarcas que siguieron á este y tuvieron tan mala elección de personas para sus consejeros, que exceptuando á Felipe IV, en cuyo tiempo respiraron un poco las letras oprimidas por el fanatismo y la intolerancia, puede asegurarse que tanto bajo la dinastía austriaca, como bajo la francesa no se logró la resurrección de la literatura y la protección de las artes hasta el glorioso reinado de Carlos III, en cuyos felices dias vióse España otra vez grande, próspera y en camino de volver á ser lo que le corresponde y lo que habia sido. Es verdad que el antecesor de este agosto soberano, el Sr. D. Fernando VI,

en el corto tiempo que ciñó sus sienes la corona de Castilla, promovió muchos de los adelantamientos y mejoras que llevó al cabo su digno hermano.

Carlos IV se dió á conocer como un monarca propenso al bien; pero habiendo tenido la desgracia de reemplazar con D. Manuel Godoy al conde de Aranda (ministro que habia sido de su padre) en una de las crisis mas violentas que podian presentarse, es decir, en los momentos en que estalló la revolución de Francia; hizo España en tales circunstancias tristísimo papel, aparentándose neutral en el principio, y provocando luego la guerra que las armas republicanas del vecino reino llevaron hasta las márgenes del Ebro, en cuya situación se firmó la paz de Basilea, que le valió á Godoy el título con que es de todos conocido. A los muchos desaciertos, que imprimieron el fco sello de esta malhadada época, siguióse el de comprometer indiscretamente la suerte de los últimos restos de la marina en Trafalgar. Desde entonces llovieron sobre España los sinsabores y las desgracias, y sin el decidido amor patrio, el varonil esfuerzo, y el heroísmo de los españoles el año de 8: hubiera tenido que sufrir la coyunda del capitan del siglo. Pero afortunadamente mostráronse en tan duro trance los hijos de Pelayo, dignos descendientes suyos, dando la mayor prueba, que puede dar una nación, de lo que es capaz, cuando se decide á sostener sus derechos. Levantáronse en masa y simultáneamente todos los pueblos: hicieron pasar por el mas fino crisol su valor y su constancia, y el resultado fué no solo triunfar del invencible Napoleon y sus aguerridas, bien disciplinadas y numerosas tropas, que con la perfidia mas abominable se habian apoderado de las principales plazas de la Península, si no que entonces, como tantas otras veces, España decidió del destino de la Europa.

Tuvo la desgracia la infortunada Iberia de que el reinado de Fernando VII, que con tan felices auspicios volvió al trono desde su prisión de Valency, no correspondiese á las esperanzas y á los sacrificios generosos de los españoles. Estando en la voluntad de este príncipe la felicidad de España; por la desacertada elección de las personas que le rodeaban y por su obstinada contradicción á los principios políticos de la época, fué causa de los muchos desastres que hemos palpado al subir al solio su augusta hija, la inocente y angelical Isabel II. Todos los españoles lloramos los horrores y males sin cuento, que se han experimentado durante la lucha de los seis años, que por fortuna acaba de terminar en su foco por uno de aquellos rasgos característicos de los hijos de España. Esta guerra, que ha sido tan san-

guinaria y destructora, como productiva de campeones heroicos y que tan encarnizada estaba en Agosto del año pasado como el primer dia, desapareció absolutamente en las provincias del Norte el 1.º de Septiembre. Los que poco antes eran enemigos, se abrazan entonces, y la palabra de un general español, es suficiente garantía para que dejen todas las armas, se pongan á su disposición y cooperen con él al convencimiento de los ilusos, ó al exterminio de los malvados.

Aunque son bien conocidas las noticias históricas de España, que en la brevisima reseña que precede, damos hoy al público, nos pareció oportuno hacerla en el primer número de nuestro periódico, que por su título y mas que todo por su carácter parecia exigirlo, si bien con la rapidez con que se ha visto por no molestar, siendo nuestro principal objeto, que coleccionando nuestros lectores las diversas posiciones de la nación en aquellos tiempos, con la que tiene actualmente, deduzcan las consecuencias que se siguen sobre su porvenir.

Mientras que estuvieron sojuzgados por otros pueblos, no olvidaron los españoles que á ellos solos correspondia el imperio del pais. Restaurado, y cuando por dicha estuvo el gobierno en buenas manos, su literatura hija de la latina, rivalizó con la italiana, que fué la que mas progresó en la Europa moderna: las artes, la industria y las demas fuentes de prosperidad, fueron atendidas y produjeron los resultados que debian esperarse; y en nuestros dias, cuando los desastres de la guerra civil no daban tregua; cuando todos los recursos, toda la atención de gobernantes y gobernados era absorbida por los sucesos de las armas; cuando desquiciada, digámoslo así, la monarquía toda, parecia imposible ninguna clase de mejora ni de adelanto; hemos visto aparecer en medio de tal confusión y anonadamiento, una nueva era literaria, mas rica que la que mereció el dictado de renacimiento de las letras en el reinado de Carlos III: una porción de establecimientos públicos se abren á la juventud: levántanse monumentos: se restituye su gloria á los antiguos y colosales ingenios españoles, que han merecido fama universal, y lo que no se habia visto cuando la paz reinaba en la Península, se abren caminos nuevos; se componen los ya deteriorados; se mejoran los puertos; se hermosean las poblaciones; se aumenta en lo posible nuestra decaída marina; se proyectan los códigos necesarios; se crean juntas para las reformas de los presidios y cárceles y para otros objetos útiles y benéficos &c. &c.

Todo esto lo hemos alcanzado, en cuanto vimos identificado el trono de las Españas con el principio de libertad. Todo, cuando arro-

BOBIPEN.

El Prospecto y el Billete.

¿Qué hace Adela en el balcon? ¿A quién aguarda? ¿Qué pensamientos la preocupan y dominan? Vedla radiante de juventud y de belleza, con el luengo y sedoso cabello preso tras de su linda oreja en donosos y relucientes bucles, con aquellos compromisos de azabache que resaltan en sus nacaradas sienes; con aquel blanco y elegantísimo traje, que revela en embrión sus encantadoras formas... ¿A quién aguarda Adela? A mí de cierto no es; porque loados sean Dios y mi buena suerte, jamas me aguardaron mas que el zapatero con alguna formidable cuenta, ó el casero para recordarme que es dia 15. A su papá tampoco aguarda; su papá está en casa y muy cerca de ella: hartos lo

siente á la verdad; que aunque le quiere mucho, hay ciertos momentos, y este es uno de ellos, en que lo desearia no tan próximo. No sale ninguna procesion, ni hay paseo cívico, ni pasan todavia coches á *Bucarelli*, ni la marcial corneta anuncia la probabilidad de ver marchar algun gallardo oficial al frente de su compañía. ¿A quién aguarda pues? Y no hay duda que aguarda. Vedla dar muestras de mal humor al oír sonar las dos en la solemne péndula de la catedral: observad con qué inquietud dirige sus ojos lánguidos á veces; á veces traviesos, pero siempre hermosos, ácia ambas calles de Plateros: en su semblante, en sus movimientos, en toda ella hay claramente escrito un *como tarda!*; la impaciencia comprime ligeramente sus labios; su nevada mano se agita con violencia casi convulsiva por los hierros de la balaustrada, y su abreviado pié hiere repetidas veces el suelo, con toda la fuerza de que es capaz. Los minutos pasan rápidamente; las dos y cuarto... que tormento es esperar ¿no es verdad Adela?

¿Quién es aquel jóven que viene tan aprisa, y ha pasado ya las altas verjas que resguardan y adornan la Profesa? Mirad que esbelto y que airoso es su talle; que espresiva y que noble su fisonomía; que elegante y lujoso su vestido. Sus formas aun no bien pronunciadas, su tez fresca y sonrosada, indican que no ha cumplido los veinte y cinco; que está en la edad de las ilusiones y de los amores. Es Julio, hartos conocido de las bellas, hartos temido de los aspirantes; vivo, apasionado, ardiente como el mes que lleva su nombre... Ya le ha visto Adela, y su semblante ha experimentado repentina variación; á la inquietud ha sucedido el júbilo, á la impaciencia la mas dulce emoción; sus mejillas poco há pálidas y desanimadas, se han cubierto al instante de púrpura y carmin; porque Julio es á Adela lo que el rocío de la aurora á la entrecabierta rosa; porque Julio es en una palabra todo lo que esperaba Adela, y el único y esclusivo objeto de sus pensamientos y de sus suspiros.

Adela, empero, necesita hacer hoy al mancebo una